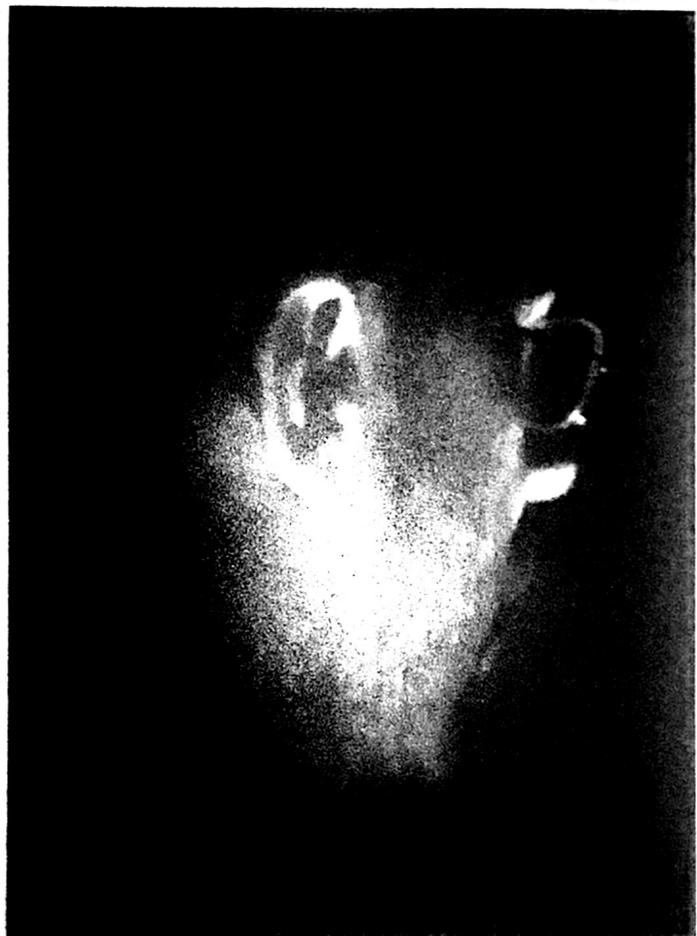


ÓSCAR ESQUIVIAS

Burgos, 1972



© Asis G. Ayerbe

EL PADRE DEL FOTÓGRAFO

Cuando quedó viudo de su segunda mujer (que tampoco era mi madre), supe que mi padre ya no tendría jamás relación con nadie. No me refiero sólo a mujeres, sino a todas las personas del género humano. Salvo conmigo, que le acogí por cierto sentido del deber filial y no, desde luego, por afecto: «Vente a vivir a mi casa», le dije. Y vino. Traía una bolsa de plástico, de las que dan en los supermercados, con un par de pantalones, mudas, camisas y calcetines revueltos. Debajo del brazo, la foto de su primera mujer (que no es mi madre), un gran retrato en blanco y negro que arrumbó debajo de la cama nada más llegar. «¿Y el resto de tus cosas?». «No hay más», y se fue al servicio, a vaciar sonoramente la vejiga. «Bueno, sí», me dijo al regresar, mientras se frotaba sus manos recién lavadas, blancas, a las que tanto temía de niño. Todavía recuerdo el vuelo que imprimía al brazo y los tortazos que acompañaban al gesto. Extrajo del bolsillo la cartilla del banco y una tarjeta electrónica: «Ahí me pasan la pensión. Saca para la comida y todo eso», y se alejó arándose un mechón por la calva, con esos dedos largos, largos y nudosos. Desde entonces convivimos como si fuéramos dos huéspedes de una misma pensión, con el trato correcto pero frío de las vidas que coinciden por caprichos de la casualidad. O sea, como siempre. Jamás entro en su habitación, raramente comemos a la vez (aunque siempre cocine yo) y muchas veces no sé si está o no en casa. No he tenido que cambiar ninguna de mis costumbres, lo que era mi mayor temor: y las *cos-*

tumbres de un homosexual de treinta años que vive solo y se dedica al periodismo gráfico (a hacer fotos, para entendernos) no son siempre las más adecuadas para la convivencia con un padre sesentón, al menos con un padre como el mío.

* * *

Sólo he tenido dos momentos de tensión con él. Bueno, tres. El tercero ha sido el definitivo para desterrar todas las imposturas. Pero empezaré por el principio. Fue una noche que volvía con Ignacio. Veníamos un poco bebidos y él iba con la pluma desatada, henchido y cómico como un gallo borracho. En realidad estábamos los dos muy excitados y entramos abrazados, besándonos, babeando: mi padre estaba todavía en la salita, viendo la televisión, y se le petrificó el gesto. Traté de arrastrar a Ignacio directamente hacia el dormitorio, pero se abalanzó sobre el butacón con el ímpetu de un niño la mañana de Reyes: «¿Y este es tu viejo? ¡Peero si tiene tus ojos!», tuvo tiempo de musitar antes de que pudiera apartarlo hacia el interior de la casa. Al día siguiente, ya solos, cuando cenaba con mi padre, le quise decir algo, disculparme quizá, pero debió de intuir el asunto que empezaba a bordonear porque se levantó de la mesa, me miró muy fijamente, y sólo dijo: «Esta es tu casa. Es tu vida. —Hizo una pausa—. Pero no hagáis tanto ruido».

Él no sabía que yo era marica. Mejor, sé que lo sabía, pero sin tener ninguna certeza, como suele ocurrir. De todos modos no parecía decepcionado (quizá la poca estima que yo le inspiraba descartaba por completo esa sensación), ni se mostró combativo, por lo que al final me alegré de que aquel pequeño percance hubiera ocurrido. Me sentí libre para volver a traer a Ignacio, o a quien fuera, sin tener que disimular.

La otra ocasión fue cuando descubrí en una tienda de lance, revolviendo libros, los míos, que habían quedado en casa de mi padre: títulos obvios en ediciones para jóvenes, ilustrados, con subrayados y notas en los que reconocí, con un vuelco del corazón, mi letra. Incluso estaban algunos tebeos y la cartilla donde aprendí a leer. Toda mi pequeña historia que llevaba años guardada en la casa fa-

miliar y de la que me había olvidado por completo. «Era un viejo que vivía de alquiler y se trasladó. Vendió hasta las sábanas, oiga. Yo me quedé con algunos libros, los que tenía en una maleta, mire, en esa». Cuando llegué a casa puse los libros sobre la mesa. Los contempló sin interés, hojeó *Crimen y castigo* cogiéndolo del revés, en algunos repasó el título del lomo con la nariz arrugada, como si apestaran, y por fin se me quedó mirando de hito en hito, como diciendo «¿Y bien?». No le reproché nada, no tuve valor: Ignacio estaba en lo cierto, mis ojos son una réplica de los de mi padre. Pero los suyos se clavan, se afirman como astillas en las pupilas y te obligan a bajar la vista, igual que hacía Mowgli con los lobos. Se me ocurrió esta comparación aquella noche, al releer un capítulo de aquel *Libro de la selva* que volvía a mí después de casi veinte años. Me sentí viejo, muy alejado de la inocencia y la alegría del chaval que leyó aquellas páginas. También me sentí, sin que pueda explicar la razón, ruin.

Soy yo quien se dedica a la limpieza de la casa: lo imprescindible, claro. Nunca he sido muy esmerado y tampoco tengo tiempo. Pero un día me di cuenta de una banda ennegrecida que ensuciaba las paredes del pasillo y que orlaba los interruptores de la luz.

—Papá, lávate las manos cuando llegues a casa. Estás dejando las paredes hechas un asco.

De todos modos, me percaté de que era yo quien tenía la costumbre de tocar la pared mientras andaba, con un dedo, con el bolígrafo, hasta con el periódico enrollado, como si fuera un tranvía enganchado a la corriente eléctrica. No sé la razón de esta manía, ni si la tenía desde mucho antes. Me imagino que sí, claro. Tuve la sensación de haber sido injusto acusándole sólo a él, pero no me disculpé. Su presencia silenciosa me irritaba, me sentía continuamente vigilado, juzgado, incómodo en mi propia casa. En realidad no tenía nada serio que reprocharle y esto aumentaba mi desconcierto y mi mal humor. En el fondo, me habría gustado haber dispuesto de razones para gritarle y echarlo de casa.

Una noche, cuando Ignacio ya dormía y yo estaba junto a él, desvelado, sentí por primera vez algo que luego iba a oír muchas más: la puerta de mi padre y sus pasos lentos y torpes en la oscuridad (mi casa es vieja y todas las puertas tienen dos vidrios biselados en

lo alto: las tinieblas del pasillo no habían variado en nada). Por lo que pude oír, recorrió toda la casa: fue hasta el cuarto de baño, a la cocina, al baño otra vez (pero en ninguna ocasión percibí correr el agua), a la salita y por fin a su habitación. El arrastrar de sus pies por el entarimado, su respiración forzada en el hueco de la noche lo delataban.

Esto mismo se repitió casi todas las noches, pero no quise preguntarle nada. Hasta una, que me despertó un estruendo de vidrios rotos en la salita. Dejé a Ignacio en la cama y encendí la luz. Mi padre había tropezado con el carrito de las bebidas: puse un poco de orden en los cristales para no cortarme, me acerqué y con voz baja, casi en tono de confidencia, le pregunté por qué todas las noches se paseaba por la casa.

—Para aprender dónde está el váter antes de quedarme ciego, nenaza.

E irguió la cabeza, como un César, chasqueando la lengua, con toda la inapelable dignidad de sus años y sus razones.